

*¿Los Menos Saben lo que Conviene a los más?*

## Neoliberalismo-Leninismo

- ★ Impaciencia Compartida por el Cambio Rápido, a Fondo
- ★ La Masa Deberá ir al Paso que le Marquen sus Líderes
- ★ Precio no Deseado Para Limitar el "Espontaneísmo"

LORENZO MEYER

A primera vista lo que conocemos como salinismo —la implantación en una sociedad subdesarrollada y con una tradición estatista del neoliberalismo, a marchas forzadas, sin concesiones y por la vía del presidencialismo autoritario —nada tiene que ver con el leninismo. Sin embargo, como se sabe, las apariencias engañan. Los tecnócratas neoliberales mexicanos de hoy, como los leninistas rusos de ayer, enfrentan el problema de poner al día y rápidamente a una sociedad históricamente atrasada. Ambos tienen como punto de partida la impaciencia, el gusto por el poder y el supuesto de que las masas están naturalmente incapacitadas para llegar a conocer por sí mismas cuáles son sus verdaderos intereses políticos; es por ello que hoy se puede hablar de un salinismo-leninismo.

Los neoliberales mexicanos, como Lenin, presuponen que los poseedores de la verdad histórica y social son pocos, y esos pocos deben imponer a los muchos su punto de vista a como dé lugar, pues de lo contrario la mayoría —inconsciente y poco confiable por definición— se iría por los caminos políticos fáciles, obvios, pero equivocados. Desde esta perspectiva, la tarea histórica

SIGUE EN LA PAGINA DIEZ



# Neoliberalismo-Leninismo

Sigue de la primera plana

de los pocos es salvar a los muchos de las terribles consecuencias de su propia ignorancia y falta de voluntad.

El leninismo nació como una interpretación práctica —e impaciente— del marxismo, pero en realidad hay en esa teoría del gran revolucionario ruso elementos que se pueden adaptar muy bien a concepciones del mundo que son su antítesis, como es hoy el caso del neoliberalismo mexicano.

Como se recordará, Lenin consideró que dejada a sus propios instintos y preferencias —a eso que el revolucionario bolchevique llamaba con desprecio "la espontaneidad"— la clase obrera no iba a adoptar nunca las posiciones revolucionarias que le permitirían enfrentarse de manera radical y decisiva a sus explotadores capitalistas. Según Lenin, la experiencia mostraba que por sí sola, la masa proletaria "sólo está en condiciones de elaborar una conciencia tradeonista", es decir de seguir la línea política de la menor resistencia y no la revolucionaria. En su obra ¿Qué hacer? Lenin cita apocribatoriamente a Kautsky cuando éste asegura que: "La conciencia socialista moderna puede surgir únicamente sobre la base de profundos conocimientos científicos... Pero el portador de la ciencia no es el proletariado, sino la intelectualidad burguesa: es del cerebro de algunos miembros de esta capa de donde ha surgido el socialismo moderno, y han sido ellos quienes lo han transmitido a los proletarios destacados por su desarrollo intelectual...". Por ello, Lenin concluiría que "la conciencia política de clase sólo puede dársele al obrero desde fuera". En resumen, es una élite en posesión de la "verdad científica", la que tiene la obligación y, desde luego el derecho, de imponer su liderazgo y prioridades a los trabajadores. En realidad, la raíz de esta idea —la política virtuosa sólo se puede lograr bajo la dirección de los que están en posesión de la verdad, los filósofos— tienen su origen más de dos mil años: en Platón.

Lenin sostendría que era indispensable que un grupo selecto de revolucionarios profesionales, una élite política e intelectual guiara las acciones del proletariado para que éste —dedicado como estaba simplemente a sobrevivir y sin los instrumentos intelectuales necesarios para entender la complejidad de las fuerzas que le afectaban— no se fuera a equivocar en relación a sus verdaderos intereses. Desde esta perspectiva, la cúpula de las masas trabajadoras no podría nunca cumplir su misión histórica si se sometía incondicional y sistemáticamente a la voluntad de esas masas, porque ello equivaldría a que el conocimiento se dejara guiar por la ignorancia, lo cual no sólo era ilógico sino inmoral, pues los proletarios —envilecidos e ignorantes como resultado de la explotación brutal de que eran objeto bajo el capitalismo—, quedarían contentos con tener sindicatos que demandaran meras mejoras salariales y de las condiciones de trabajo. Si ello ocurría, equivaldría a intercambiar un derecho histórico fundamental —el derecho al socialismo— por un simple plato de lentejas. La verdadera solución, según Lenin, estaba en forzar a los obreros a la lucha frontal y a muerte contra los capitalistas e implantar la dictadura del proletariado. En la práctica esa dictadura la ejercerían inicialmente aquellos que se consideraban a sí mismos los únicos poseedores de la auténtica conciencia proletaria: los intelectuales revolucionarios provenientes de la burguesía, pues eran ellos los que dominaban eso que Kautsky llamó "la ciencia económica contemporánea".

Mucha agua ha pasado bajo el puente desde que Lenin publicara en febrero de 1902 ¿Qué quién? Hoy, la élite neoliberal que domina al gobierno y al Estado mexicano —y que como la élite bolchevique está formada también por intelectuales burgueses— no se puede permitir el lujo leninista de exponer de manera tan abierta su visión del mundo, pero los "revolucionarios neoliberales" mexicanos (a los que también se puede llamar

contrarrevolucionarios a secas) comparten la impaciencia de Lenin por el cambio rápido y a fondo, y tienen su mismo gusto por la dictadura en nombre de altos ideales. Es cierto que nuestros "revolucionarios neoliberales" no han dicho abiertamente que consideran que la mayoría de sus conciudadanos no están realmente capacitados para autodeterminarse, pero eso es lo que se deduce de sus acciones.

★  
Desde que se repuso de la sorpresa que le causaron los resultados de las elecciones de Chihuahua en 1983, la tecnocracia neoliberal se propuso mostrar por la vía de los hechos que no tenía la menor intención de dejar en manos de la voluntad de una mayoría sin preparación e irresponsable —envilecida por decenios de populismo— la decisión sobre cuál debería ser la política adecuada para superar la gran crisis económica y política de los años ochenta; menos aún iba a dejar a la veleidat de las urnas la decisión de quienes debían ser las personas encargadas de poner en práctica esa política cuando era obvio que no había mejor equipo que el que ya estaba en el poder.

Al principio, el problema de esa tecnocracia neoliberal fue uno muy personal. Cuando México dio señales de estar pasando de la larga etapa de elección sin competencia a la de las competitivas, resultó que lo que estaba en juego no era realmente la política a seguir —el principal opositor, el PAN, no rechazaba el neoliberalismo— sino quiénes tendrían el privilegio de ponerla en práctica, nada más. Sólo el surgimiento de la oposición de centro-izquierda —el cardenismo—, permitió que brotara y floreciera a plenitud el elemento leninista en el neoliberalismo mexicano. A partir de 1987 la lucha de los tecnócratas neoliberales por mantenerse en el poder contra viento y marea, pudo ser presentada a México y al mundo, no ya como un mero esfuerzo egoísta de

SIGUE EN LA PAGINA CUARENTA



## Neoliberalismo-Leninismo

Sigue de la página diez

un grupo muy reducido de jóvenes por monopolizar los amplios privilegios e impunidades que en México otorga el poder, sino como algo muy distinto, como algo básicamente altruista: como una lucha de la civilización contra la barbarie, es decir, contra el populismo, la demagogia y la corrupción.

A partir de 1988 y frente a las élites económica, religiosa e intelectual de México, así como frente a los gobiernos de Estados Unidos y del resto de las grandes potencias, la falta de transparencia de los resultados electorales —el fraude— pudo ser justificada como el precio no deseado pero necesario para limitar el "espontaneísmo" de las masas. Es decir, para forzarlas a aceptar —por su propio bien, desde luego—, entre otras cosas: a) salarios que aumentasen muy por debajo del aumento de los precios, b) marginar a los inmodernizables, c) una alta concentración de capitales en manos de los muy pocos, pues sólo ellos tendrían la capacidad de invertirlos productivamente, d) un aumento sustantivo en los impuestos junto con una disminución en la cantidad y calidad de los servicios del gobierno, fórmula para generar el superávit

necesario para pagar puntualmente la monstruosa deuda pública externa e interna, e) un aumento en las tarifas de los servicios públicos, muchos concesionados a la empresa privada, f) usar la apertura comercial unilateral para, primero, tratar de bajar la inflación y luego, en el largo plazo, integrarnos a la economía norteamericana con todas las consecuencias de la enorme disparidad de lo que existe al norte y al sur del Río Bravo; etcétera.

Como se sabe, uno de los puntos fundamentales del leninismo es la organización de los revolucionarios profesionales en un partido altamente centralizado —el llamado centralismo democrático—, muy selectivo en su afiliación e instrumento indispensable de los pocos para controlar la acción de los muchos y para hacer frente a los enemigos, para quienes no puede haber consideración alguna pues en el fondo la política es una cuestión de todo o nada. La élite neoliberal mexicana tiene al PRI como su partido, pero en la realidad esa estructura ni es realmente un partido ni es funcional, pues va está muy corrompida por su pasado populista. Es por ello que el centro y principio de organización de la vanguardia neoliberal mexicana no es ningún partido sino el gobierno mismo o, para ser

exactos, la presidencia de la República. Es la presidencia la estructura que organiza y pone en práctica toda la acción de lo que se podría llamar "la vanguardia de la revolución neoliberal mexicana".

★  
En conclusión, es posible suponer que cuando en algún futuro imposible de determinar por ahora, el árbol del neoliberalismo dé sus dorados y generosos frutos, y cuando la disciplina que los hizo florecer —la del mercado, desde luego— haya transformado la conciencia y condición de la masa, entonces y sólo entonces, la vanguardia neoliberal podrá detenerse a contemplar sus logros y quitarse de sus hombros la pesada carga de tener que tomar por sí y ante sí las decisiones que atañen a la sociedad entera. Pero mientras ese momento no llegue, la masa deberá, por agrado o por fuerza, marchar al paso que marque el tambor que le tocan sus líderes desde la cumbre del poder, es decir, los que sí saben lo que realmente les conviene. Pero, ¿realmente las masas son incapaces de saber cuáles son sus verdaderos intereses? ¿En verdad la "ciencia económica" es ciencia y su dominio permite conocer a los pocos lo que está vedado a los muchos? ¿Es el altruismo lo que está detrás del fraude?